

PASOS EN LA ELABORACIÓN DEL POEMA DE ALONSO  
QUESADA “COLOQUIO EN LAS SOMBRAS” Y ALGUNAS  
NOTICIAS SOBRE MANUEL MACÍAS CASANOVA

ANTONIO HENRÍQUEZ JIMÉNEZ

RESUMEN

Presento los pasos que posiblemente siguió Alonso Quesada en la composición del poema “Coloquio en las sombras”. De camino, doy noticias sobre la personalidad de Manuel Macías Casanova.

ABSTRACT

This paper presents the possible stages followed by Alonso Quesada in the composition of the poem “Coloquio en las sombras”; besides, some aspects about the personality of Manuel Macías Casanova are given.

La noche del domingo 11 de septiembre de 1910 fallecía electrocutado en un poste del Parque de San Telmo el joven de veinte años Manuel Macías Casanova.

El martes, 13, el periódico del que el fallecido era redactor, *España*, publica el artículo “El suceso del Domingo. Un compañero electrocutado”, seguido de las noticias que ha dado el día anterior el periódico *La Mañana*, “pues nosotros no estamos en disposición de ánimo para ello”, aduciendo que los lectores “solamente frases muy amargas leerían”. Esta nota y la observación dentro del artículo de que pareció mentira “que Manolito como así le llamábamos familiarmente, al que acabábamos de dejar hacía un momento, hubiera sido víctima de tan terrible accidente”, nos llevan a que la autoría de este texto es verosímilmente de Rafael Romero, otro de los redactores de *España*. Éste, junto con otro de los redactores, José Castro Martín, habían acompañado por última vez al infortunado Macías aquella noche. Dolor e indignación, e imposibilidad de contar lo sucedido son los tres elementos de este texto. Véase Apéndice 1.

Transcurridos nueve días del accidente, el 20 de septiembre de 1910, Rafael Romero, sin pseudónimo, publica en el periódico *España* su participación en el homenaje<sup>1</sup> que allí se le dedica al redactor fallecido trágicamente, bajo el título “Este hombre”.

Para el primer aniversario de la muerte del amigo (11-IX-1911), tenía ya Rafael Romero transformado el texto en prosa “Este hombre” en el poema “Don Manuel Macías”, en verso y con acotaciones en prosa.

En una carta a Unamuno<sup>2</sup>, sin fecha, datable después del 11 de septiembre de 1911 y antes del 16 de noviembre de 1912 (por algunas noticias de la carta), Rafael Romero le anuncia “unos versos<sup>3</sup> que he hecho para el aniversario de aquel amigo nuestro, Manuel Macías, a quien queríamos todos tanto”, y le pide su opinión, después de asegurarle que ha “procurado tener presente aquella advertencia que usted me hizo cuando escribí el Romance de los juegos florales”.

La respuesta de Unamuno se hace esperar un año. El 4 de marzo de 1912, le dice lo siguiente (después de observar que hace tiempo que debía haberle contestado):

El pasaje lírico “Don Manuel Macías” es mucho mejor que las otras cosas que de usted conocía. Hay versos definitivos.

Suelta la idea en el tranquilo huerto...<sup>4</sup>  
 ¡Oh roto corazón que eras más fuerte  
 que el corazón del universo todo!..<sup>5</sup>  
 Toda en silencio el alma se extendía...<sup>6</sup>

Y luego tiene algo del alma imprecisa y vaga de nuestro pobre Macías, el silencioso.

En su respuesta (en carta sin fecha, pero que debe ser de antes del 16 de julio de 1912; posiblemente a la llegada a Las Palmas la carta de Unamuno citada anteriormente, de 4 de marzo), Rafael Romero comenta:

Si los versos tienen algo del alma imprecisa de aquel pobre amigo, es que al marcharse de mi casa, la noche terrible, me dejó, como un perfume, el rastro de ella. Crea usted; va para dos años y no puedo hallarme sin él. Le quería mucho, y me parecía que la vida, a su lado, como Rubén, era más intensa y más dura<sup>7</sup>. Creía que llevaba yo con él la clave de todo. Una sugestión. Ese más allá; lo vago, lo incierto, lo buscaba siempre a su lado. Volvía los ojos a mi derecha, y le veía a él. Ya estaba descifrada la duda. Era como el reposo a estas excitaciones mías, de hombre pobre... y *aislado*. ¡Pobrecillo! ¡Qué bueno era y qué vida la suya! Después de muerto supimos toda la historia de sus miserias y sus amarguras. Un día se la relataré a usted. Era hambre: días sin comer, y siempre aquella sonrisa amarga, honda, terrible, en los labios. ¡Si supiera usted!

Al recibir el Prólogo de Unamuno para su libro, enviado por Luis Doreste Silva desde Madrid, Rafael Romero le escribe enseguida a don Miguel (el 10 de febrero de 1915). Después de decirle que le telegrafió, agradeciéndoselo, y de repetirle las gracias en la carta, continúa:

Gracias, don Miguel, yo sé que mi orientación, mi ruta, mi inquietud a usted se los debo. Yo sé que un día entró usted su mano en mi calma y allí revolvió todos los ensueños estancados. ¿Cómo no tener el apego de Macías hacia su espíritu, que tan poco han entendido esos “mentecados que le llaman paradójista”?

Gracias, don Miguel, por Macías y por mí. Me tornó el dolor exacto, claro, preciso de su muerte con ese recuerdo de usted, tan bueno.

¡Qué alegría la suya ahora, si viviera, él que tanto me quiso porque fui el único que supe llorar bien con su desesperación y su hambre! ¡Pasó mucha hambre, y cuando iba a mejorar su vida se partió trágicamente! ¡Oh, si usted le hubiese visto muerto! ¡Qué convicción tenía en los ojos de su idea y cómo parecía que estaba viendo lo que soñó que veía!

Después del homenaje a Alonso Quesada por la publicación de *El lino de los sueños* (27 de marzo de 1915), firma Rafael Romero con varios amigos el telegrama de contestación al de Unamuno; algunos días más tarde, le escribe Rafael Romero una carta, sin fecha, en la que le anuncia que le envía un retrato de Macías Casanova, con estas palabras: “Tenía dos retratos de Manolo Macías. Va uno para usted.”

Unamuno (1 de junio de 1915) le agradece

el retrato del pobre Macías. Se lo agradezco en el alma. No me puedo olvidar de aquella pobre alma que al venirme de ésa se me agarraba al alma, a la mía, como un bull-dog con fidelidad canina. Leía en sus ojos un “¡sálveme usted!”. Y yo me decía: “¿es que puedo salvar a alguien?” Ahí, en esa isla, cobré no poca fe en mí mismo –fe que a las veces me flaquea– al ver que había quien creyese en mí como Macías.

En otra carta de Rafael Romero, también de 1915, vuelve a recordar a Macías Casanova:

Su constante recuerdo de Macías me enternece. Era el único amigo, el eterno. Yo no podré nunca hallarme sin él. El retrato se lo pedí a la madre para usted. A la pobre señora le han conmovido mucho las palabras tuyas. Es una desdichada: el otro hijo (el que debió morir) se salió bandolero y ahora, después de miles desastres, se ha marchado a Cuba.

Muchas de las ideas del escrito en prosa citado (“Este hombre”) aparecerán en el poema, con acotaciones en prosa, que *Alonso Quesada* publica en el *Diario de Las Palmas* el 11 de septiembre de 1911. Su título es, como hemos dicho, “Don Manuel Macías”. El mismo poema se publica unos días más tarde en la revista que dirigía Francisco González Díaz, *El Apóstol* (20-IX-1911), con algunas variantes. Debe tratarse de la primera versión del que sería después el poema de *El lino de los sueños* “Coloquio en las sombras”.

El poema sufrió varios cambios cuando su autor piensa intergrarlo en *El lino de los sueños*, con el título definitivo indicado. Por una estrofa del poema, que Alonso Quesada inserta en el artículo “Crónica de Canarias. Un libro nuevo. (De la revista *Prometeo*)”, podemos aventurar el término después del cual se realiza la versión definitiva del poema. Se trata de los

versos 64-67 de “Don Manuel Macías” (versos 83-86 de “Coloquio en las sombras”). El artículo se publicó en el *Diario de Las Palmas*, el 3 de abril de 1913, jueves, página 1. Es una reseña del libro de Francisco González Díaz *Especies*.<sup>8</sup> Dice:

Yo he dicho:

“¡Oh, el silencio más fuerte! ¡Oh, la esforzada  
expectación, del corazón del llano!  
¡Con la honda fortaleza en la mirada  
y la renunciación de lo cercano...!”

Es el mismo estado de la estrofa de “Don Manuel Macías”, salvo que allí no aparece la apertura del signo de la exclamación en el verso 3, ni los puntos suspensivos antes del cierre de dicho signo, al final del verso 4. Al menos, pues, después de ese 3 de abril de 1913, es cuando se deben haber producidos los cambios<sup>9</sup>. Otra pista nos la ofrece el poeta al afirmar en el primer renglón de “Antes de empezar el coloquio”: “Ahora, después de cuatro años, al releer este coloquio”. Estaremos en 1914, cuando ya ha decidido enviar a Madrid su libro para la publicación, después del 19 de abril, que es cuando Luis Doreste le comunica que Luis García Bilbao le editará *El lino de los sueños*, y le insta a que mande el original.

Los cambios producidos en el poema consisten, sobre todo, además del título, de la dedicatoria y del nombre dado a los personajes que dialogan, en transformar las acotaciones en prosa en versos eneasílabos. Al presentar la primera versión del poema, pondré de manifiesto los cambios que aparecerán en los elementos no citados en los renglones anteriores en la última versión, o sea, en *El lino de los sueños*.

Alonso Quesada fue recordando durante varios años al amigo muerto. Ya hemos visto lo que sobre él le dice en las cartas a Unamuno. Veamos otras manifestaciones.

En 1912, en un escrito titulado “Motivos sobre una conferencia” (*Diario de Las Palmas*, 18-I-1912)<sup>10</sup>, Alonso Quesada dice lo siguiente:

(Y sin embargo... Yo sé que vuestro magnífico orgullo se duele un poco de este abandono; pero tengo para mí el honor de haber fortificado vuestra queja y haberos dado aquel veneno del pobre Manolito, cuyo secreto sólo era de él, y hoy mío, que fue su más ilustre legado.)

El 29 de agosto de 1912, Alonso Quesada publica su primera colaboración en forma de poema en *El Tribuno*<sup>11</sup>, periódico que no solía publicar ningún poema desde hacía tiempo. El poema es la primera versión que se conoce de “La oración de media noche”. La alusión a Macías Casanova es evidente. Se trata de un recuerdo de la muerte del amigo. Hay como unos cuarenta términos de “La oración de media noche” que ya se encontraban en “Don Manuel Macías”; algunos repetidos hasta seis veces. Véase Apéndice 5, donde presento las variaciones que sufre el poema hasta la publicación en el libro.

En noviembre de 1913, Rafael Romero, disfrazado de *Gil Arribato*, recuerda a Macías en el escrito “Confesiones de periodistas. Mi vida a saldos locos”, que se publica en *El Tribuno* (12-XI-1913)<sup>12</sup>. Dice:

Téllez López, Juan Sintés, Lorenzo Hidalgo, Pepe Castro y el pobre Manolito Macías resucitamos, con Arturo Sarmiento, *España*. Pudo ser un gran periódico, pero no lo fue porque nos lo bebimos en cerveza. En los últimos días, Téllez, que era *periodista de Madrid*, se ordenó tirano, y Macías, que no pudo tolerar tiranías de nadie, se le puso enfrente, agresivo y feroz. Hubo lucha. Manolito después murió de aquel modo horrible. La casa quedó vacía. No había dinero; sólo deudas. Arturo se negó, e hizo bien, a seguir imprimiendo el periódico, y vino la lógica desbandada.

El 11 de septiembre de 1916, en el periódico *Ecos*, sin firma, aparece el escrito “Manuel Macías. † 11 Septiembre 1910”. Su autor no puede ser otro que Rafael Romero, que era anunciado apenas hacía cuatro días como nuevo director de la publicación. Véase Apéndice 6.

Luis Doreste Silva, en carta a Alonso Quesada de 17 de febrero de 1915, le comunica, entre otras cosas, que, en la lectura de *El lino de los sueños* que se hizo en el Ateneo de Madrid, no hubo ocasión de leer el “Coloquio en las sombras”. Dice:

Yo sentí una cosa: que no pudo leerse por falta de tiempo y lo que se extendió Sanchiz (que me hizo sufrir bastante, ni *El Coloquio en las sombras*, ni todo lo de los ingleses, y sólo lo culminante (que por mí todo), y me dejó también *La mañana de los magos* que es para mí de lo más hermoso del libro y de la poesía contemporánea. Pero tuvo la culpa el poco tiempo (hora y media) y lo que se alargó Sanchiz. Pero el éxito fue grande y unánime, y entre la gente intelectual extraordinario.

González Blanco (Andrés), que estaba por cierto con la hija de Colombine, me dijo te haría algo porque le gustó sobremanera.

No se leería el poema en el Ateneo, pero el recuerdo de Macías sí estuvo presente. Lo sabemos por la carta de José Franchy y Roca a Alonso Quesada, en la que le da noticias de la lectura en el Ateneo de Madrid de *El lino de los sueños*, una de las cuales es que García Sanchiz lo recordó en su disertación sobre el libro.

De Manuel Macías Casanova, hay muchas otras noticias. Antes de suceder la desgracia de su muerte, al despedirse Unamuno de sus amigos de Las Palmas, tuvo un recuerdo para Macías, en el escrito titulado “La despedida de Unamuno. Un recuerdo puro” (*La Mañana*, 20-VII-1910):

Me llevo el recuerdo de las horas de la tarde que mataba, mejor dicho que vivificaba, en casa de Luis Millares, departiendo de lo humano y de lo divino –más acaso de lo divino que de lo humano– y bordeando de continuo el misterio entre una y otra taza de té. Y aquellas lecturas entre aquel grupo de jóvenes que sueñan y que a su modo, un modo nada bullanguero, protestan.

Me llevo el recuerdo del silencio fiel de Macías Casanova, que me ha acompañado por donde quiera. Y no es poco tener un silencio vivo, no muerto, por escudero. Y ese silencio era también una protesta. Más protesta que los estampidos de más de un declamador sedicente revolucionario<sup>13</sup>.

Después del accidente mortal, envió Unamuno a *La Mañana*, de Las Palmas de Gran Canaria, el largo y emocionante escrito titulado “Por Manuel Macías Casanova”, que se publicó el 30 de septiembre de 1910<sup>14</sup>. Más conocidas son las palabras que le dedica el escritor vasco-salmantino en el “Prólogo” de *El lino de los sueños*. A veces da la sensación de que el dedicarle tanto espacio a Macías era una manera de rellenar unas cuartillas y salir pronto del paso de algo que se le pedía con cierta insistencia<sup>15</sup>. Véanse las palabras dedicadas a Macías por Unamuno en el Prólogo, en el Apéndice 8.

Por las cartas de Rafael Romero a Unamuno, y por la de Luis Millares Cubas, nos hemos ido enterando de detalles de la biografía de Macías Casanova. En la prensa de la época se pueden rastrear otras noticias de las actividades del joven herreño. Hasta que conoció personalmente a Unamuno, en junio de 1910, fue activo seguidor del Partido Republicano

Federal de Las Palmas de Gran Canaria, dirigido por José Franchy y Roca. Participa en los mítines, escribe textos de apostolado político y de temas literarios<sup>16</sup> y es miembro de la directiva del Partido.

Por no haberse divulgado, creo, transcribo una carta de Luis Millares Cubas a Miguel de Unamuno en que cuenta pormenores del accidente en que murió Macías. La carta<sup>17</sup> tiene fecha de 23 de septiembre de 1910:

Sr. D. Miguel de Unamuno

Querido amigo: los detalles de la muerte del pobre Manolito son los vulgares de todo accidente fortuito. Esos visos de vulgaridad hacen resaltar a nuestros ojos la tragedia. ¡Parecía que todo pudiera evitarse! Y no se evitó, ni la vimos llegar. Inútilmente nos rebelamos contra la estúpida fatalidad.

Llovía mucho aquella noche que fue la del domingo 11. A la diez regresaba yo del Puerto con mi familia en el tranvía y al pasar por la calle de Triana iba él camino de la muerte con Romero y Castro. Le saludamos y nos saludó al pasar. Él siguió, dejó a los otros en su casa y entró en el jardinillo que está frente a la Comandancia militar. En él, a la entrada está una columna de luz con una luz eléctrica. La instalación era defectuosa, la lluvia había aumentado la conductividad del basamento que era de piedra. El pobre niño sintió la corriente baja, pero él, probablemente no supo conocerla, e instintivamente se abrazó a la columna. El circuito se cerró y sufrió una serie de descargas que le mataron.

Lo demás no merece la pena de contarse: la respiración artificial, las tracciones rítmicas de la lengua, la lucha inútil por cuatro horas con la muerte, la lamentación de la muchedumbre, la fúnebre embajada a la madre, todas las vulgaridades grotescas del dolor con que profanamos la grandeza de la muerte.

Más tarde la pompa del entierro, los gorgoritos de los sacristanes, el empeño de los jóvenes en velar el cadáver (amigos que surgen de la muerte, la autopsia, el regato de responsabilidades con la Empresa de luz eléctrica).

Y por fin un número de *España* hecho con arreglo al canon literario fúnebre, especialidad de los malogrados, en que cada autor ha explotado la muerte del pobre niño para quedar bien.

Me pesa, señor, de haber contribuido, mejor de no haber sabido resistir. Lo que escribí no vale el escalofrío de horror, la angustia de algunas horas luchando con la muerte. Es que fue sincero.

Manolito ha seguido callado... Sigue protestando con su silencio.

Adiós, maestro, le abraza. Siento mucha pena.

L. Millares

No sabemos de su drama aunque procuramos enterarnos.

La *Venda* se empezará a ensayar el mes próximo en que termina el verano.

23 septiembre 1910

Como he afirmado, después del conocimiento de Unamuno, Macías abandonó las filas republicanas. Exhumo un fragmento de otra carta de Luis Millares Cubas a Unamuno, en la que se referencia el dato. La carta está escrita el 10 de agosto de 1910:

Macías el silencioso ha sentido un gran impulso de cólera contra la juventud republicana y ha querido dar una conferencia. Publicó un sumario, que era índice de una obra en cinco tomos. La expectación ha sido enorme, la gente se preparaba para pulverizarlo. Después, ha caído en la pereza, se apagó su cólera de mosquito y continúa su eterno monólogo, eterno e interno, que sólo se exterioriza por chispazos pasajeros. Me he quedado con el desconsuelo de asistir a la crisis oratoria del silencioso Manolito. No olvido lo que usted pensaba de él y por si puedo torcer el destino le aconsejo el viaje a Salamanca, que para algo han de servir los ochavos del abuelo.<sup>18</sup>

*Jordé*, que había participado en el homenaje del periódico *España*, recuerda más adelante a Macías Casanova, junto con Alonso Quesada y Tomás Morales, en “In memoriam. Hermanos espirituales” (*Diario de Las Palmas*, 10-XI-1925). Dice, de Macías:

En vida estuvieron fuertemente unidos por devoción al arte en todas sus manifestaciones, por el culto a la belleza, por hermandad espiritual siendo distintos sus temperamentos y por vínculos fraternales de camaradería. Era frecuente verlos juntos y a los tres los ha vuelto a unir para siempre, con lazo eterno, la muerte despiadada que segó sus vidas en plena juventud y florescencia de ilusiones y esperanzas.

Aludimos a tres hermanos espirituales hundidos en el misterio del no ser: Manuel Macías Casanova, Tomás Morales Castellano y Rafael Romero Quesada (*Don Alonso Quesada*). Sucumbió primero, sin dar el fruto que se esperaba de su talento, Macías Casanova. Una aciaga noche, a poco de separarse de Rafael Romero, perdió la vida de modo trágico, víctima de una corriente eléctrica al tocar un poste del alumbrado público en el Parque de San Telmo. El drama, rápido y brutal, conmovió a la ciudad entera. Todos sus amigos y compañeros, los que sabían cuánto valía, lloraron la inesperada y prematura pérdida de aquel muchacho serio, callado,

taciturno, reflexivo, que tenía viva fantasía, ideas propias y una personal visión de los seres y de las cosas.

Macías Casanova escribió pocas páginas, porque la suerte adversa no le dio tiempo para escribir más; pero su escasa labor literaria acusa un fuerte temperamento y una delicada sensibilidad de escritor, además de un agudo sentido crítico asociado a su innato buen gusto.

La muerte de Rafael Romero, que también cruzó su calvario con la cruz del infortunio a cuestras, nos hace evocar el recuerdo de un pobre Manolo Macías, a quien llamó D. Miguel de Unamuno “hijo del silencio” por su reconcentrada taciturnidad. De las poesías de más honda emoción, de más dolorido acento, de más expresiva melancolía que escribió *Alonso Quesada* es la titulada “Coloquio en las sombras”: un diálogo escalofriante entre el vate y el espíritu del muerto.

La camaradería que reinaba entre los amigos se puede observar en la pregunta que le hace Tomás Morales a Rafael Romero en una carta, firmada en Moya, el 5 de agosto de 1909: “¿Cuándo le dan *diarreas* a Manolito? Dale recuerdos y para ti –o para los dos– un abrazo de tu buen amigo y vate / *Tomás*”. Recordemos que el título que Rafael Romero da a su primer escrito sobre el amigo desaparecido es una frase de Tomás Morales.

Veamos cómo recordaba a Manuel Macías Casanova Simón Benítez Padilla mucho tiempo después, en una conferencia leída en el Círculo Mercantil de Las Palmas, en el ciclo titulado “Canarios Ilustres”, el día 9 de Abril de 1949<sup>19</sup>:

Entre todas las críticas isleñas, aun superando las de los consagrados, Francisco González Díaz y Domingo Doreste Rodríguez (*Fray Lescó*), descuella la de un joven desconocido, Manuel Macías Casanova, publicada en La Ciudad del 17 de Julio de 1908. Remataba con estos párrafos [...]

–¿Quién es este Macías Casanova –preguntose Tomás, en Madrid, al recibir el periódico. ¿Quién fue Macías Casanova? Interrogaréis vosotros. Remorderíame la conciencia si dejara pasar esta única oportunidad de presentarlo.

Fue mi encuentro con él en los pupitres del Salón de estudios del Colegio de San Agustín, mediado mi bachillerato. Acababa de llegar de La Gomera, su isla natal. Llevábamos unos cuantos años y pronto rodeole un aislamiento hecho de respeto y temor. De corta estatura, color cetrino, hondas ojeras, pelo lacio almidonado, mirábanos desde lo alto de su dominio literario. Susurrábanse escalofriantes historias sobre las perversas ideas de un tío médico, que le educara en su orfandad,

allá en su Vallehermoso<sup>20</sup>. Y del tío habíasele contagiado no sé qué sulfuroso olor heresiarca, que entontecía a las almas pusilánimes.

Todo esto fue aliciente de mi curiosidad. Fuimos los mejores amigos del mundo, al convencerle de que yo no le tomaba en serio, como hombre infernal. Su espíritu no ardía sino en amor al Arte, y, según los cánones de su escuela, uno de sus primordiales objetivos era, en frase galiparlante, *epatar al burgués*. Una vez terminado mi bachillerato, todas las noches venía por casa a leerme las apasionadas cuartillas que incesantemente escribía (el colegio lo había dejado), y en glosar las novedades literarias consumíamos hasta la hora veinticuatro.

Apenas regresado Tomás, nuestra velada tuvo para él una prolongación. Dejaba mi domicilio para llegarse al de Morales, una manzana de casas más allá y allí seguía enfrascado en sus entusiasmos por las Letras, hasta la madrugada. Tomás referíame más tarde que muchas veces le dejó solo en su despacho y encuentrole al otro día beatíficamente dormido en un sillón.

Soñaba con la Gloria y perseguíala a la luz de la luna. Este noctambulismo le perdió. En noche de tormenta vagaba por la calle de Triana. Iba arrimado a las paredes, palpando los zócalos como acostumbra. En el Parque tocó el pedestal de un poste de la luz eléctrica y una descarga le fulminó.

Sean mis palabras un piadoso recuerdo para su memoria. Descúbrome ante su obra inédita, con la misma reverencia que lo haría si hubiese podido acabarla.

El poema “Coloquio en las sombras” es calificado por Adolfo Miranda Bautista, también uno de los amigos de primera época de Rafael Romero, como “un diálogo alucinante del poeta con un su amigo muerto trágicamente, con Manolito Macías Casanova, un coloquio truncado, inaudito”. Adolfo Miranda Bautista usó esa expresión en una conferencia sobre Alonso Quesada, en Buenos Aires, que se publicó en la revista de la que era entonces director (*Canarias*, Año II, n.º 26, 16-VII-1915, [pp. 3-7]), bajo el título “Asociación Canaria. Apertura del ciclo de conferencias organizadas por la sección Propaganda y Recreo”.

El poema es deudor de muchas lecturas. Los ecos más patentes son los de *Azorín* (“un pequeño filósofo”), Antonio Machado (“sentado al borde de un sendero”,...), Unamuno (las referencias quijotescas del poema), que lo unen también al “A Don Quijote” de Domingo Rivero; de igual modo que al Domingo Rivero cantor de los muebles familiares (“mi viejo sillón”); Rubén Darío (del “Soneto autumnal al Marqués de Bradomín”: “toda esa gente / *municipal y espesa*”); el Maeterlinck de *Interior*, Ibsen, Heine, D’Annunzio. Presenta unas formas de tratamiento y un lenguaje algo arcaizan-

te (a veces no mantenido), con la intención de alejarlo del tiempo presente para mantenerlo en un tiempo mítico.

## APÉNDICE. TEXTOS

### 1. El suceso del Domingo. Un compañero electrocutado<sup>21</sup>

Anteanoche poco después de las once llegó hasta nosotros la tristísima noticia de que uno de nuestros más queridos amigos; uno de nuestros compañeros de Redacción, Manuel Macías Casanova, había muerto a consecuencia de la conmoción sufrida al recibir la descarga de un cable de los del alumbrado público en los jardines del Parque de San Telmo. Por el momento, nos resistimos a creer la noticia, y hasta sospechamos si sería una broma de mal género que querían darnos. Parecimos menira que Manolito como así le llamábamos familiarmente, al que acabábamos de dejar hacía un momento, hubiera sido víctima de tan terrible accidente.

Como necesitábamos convencernos de la veracidad de la noticia, y al mismo tiempo ansiábamos que esta no fuese cierta, nos trasladamos inmediatamente al Parque, y allí nos convencimos de que por desgracia, la noticia era cierta; el brillante escritor, el filósofo, el amigo y compañero, Manuel Macías, había muerto electrocutado al tocar uno de los postes de hierro que para el alumbrado público, hay a la entrada del Parque de Santelmo.

Expresar el dolor, y al mismo tiempo la indignación que esto nos causó sería imposible. Dolor por tratarse de un compañero y de un amigo querido, indignación por ver que aquí en Las Palmas, se da más importancia a los medios más o menos lícitos de que la Empresa de la Fábrica eléctrica se vale para obtener fabulosas ganancias, que a la seguridad y a la tranquilidad de los ciudadanos que a cada momento están como el pobre Macías expuestos a ser miserablemente electrocutados.

A continuación damos a nuestros lectores la información que sobre este triste asunto ha hecho nuestro estimado colega *La Mañana*, pues nosotros no estamos en disposición de ánimo para ello. Sin darnos cuenta de ello, la pluma se nos va, y solamente frases muy amargas leerían nuestros lectores, dirigidas la mayoría de ellas, contra nuestro Ayuntamiento, que tantas

concesiones hace a una Fábrica que ni siquiera personal técnico tiene a su frente.

## 2. Este hombre<sup>22</sup>

—¡Esta mañana!— Y este hombre pequeño y silencioso, como un presentimiento, se alejó a lo largo de la calle, contemplando su sombra... Aún resonaron en la quietud de la noche las pisadas, estas pisadas extrañas que nos hacían sonreír siempre al delatarnos la proximidad del dueño... La puerta de mi casa en un golpe rudo apagó el último rumor...

La noche era silenciosa como él; parecía como si hubiera detenido su lento caminar, para ver morir mejor a este hombre que pasó por la vida siniestro y sombrío, al igual de un personaje ibseniano<sup>23</sup>, diciendo una cosa sola y terrible... En el silencio aullaba un perro... La sombra se perdió entre los árboles y el Misterio penetró, entonces, intensamente silencioso, en su alma... Callada la vida; más callada aún la muerte... Todo ironía reposaba más tarde entre unos cirios, mirando, con los ojos cerrados al infinito, esquivando una sonrisa, como si pensara: “¿Y será esto? ¡Pobres hombres! ¡Qué enorme vulgaridad!”

Allá lejos debió sonar la carcajada sonora e ingenua, aquella incomprendible carcajada que era como un comentario burlón a todas las cosas...

Han dejado de sonar por la noche los pasos infantiles en la escalera de mi casa... Ya la puerta no se abre silenciosa al empuje de sus manos... Ya no atraviesa la figura pequeña el cuarto, con dirección al canapé que está junto a la ventana donde se tendía a hojear siempre los mismos libros... silencioso, enigmático, sin responder nunca a los saludos de los demás amigos que llegaban más tarde... Allí se hubiera quedado una eternidad petrificado, como una esfinge, el libro abierto entre las manos secas y sonriendo irónico a lo desconocido.

(Sobre una silla está aún abierto el último libro que no acabó de leer: *Zalacáin el aventurero*, de Pío Baroja).

Ya no tornará a asomarse escondido tras los portiers de la ventana, y ya no sonará de esta manera otra vez la voz de Tomás Morales que entraba luego, diciendo: —¿No ha llegado Manolito? Y al asomar la enorme cabeza nuestro pequeño hombre, por las cortinas, añadía bromeando:— Este hombre, este hombre, siempre en filósofo...

Y *este hombre* se ha muerto ya. Nunca supo dónde fue ni por qué fue. Caminaba muchas veces inciertamente en el dolor, como un niño perdido entre el gentío de una noche de fiesta, al igual de aquel intenso poeta<sup>24</sup> que tanto amamos y leímos juntos; caminaba, borracho melancólico, lunático, buscando siempre a Dios, entre la niebla...

Era su muerte; tenía que morir así; sin saber que moría, como sin saber tantas veces que vivía, vivió.

—¡Hasta mañana!... Y no volverá más.

Hoy me preguntarán los amigos:

—¿Dónde está Manolito?...

Yo les responderé:

—No sé; no ha venido aún...

—Este hombre, este hombre... —añadirán ellos— Tal vez se ha olvidado de que le esperamos.

¡Viva la vida!... Estas fueron de las últimas palabras que oyó.

El rostro extático se había iluminado al oírme gritar con toda el alma: ¡Viva la vida!

(Era el final de un drama de los hermanos Millares<sup>25</sup> que habíamos estado leyendo).

Amaba la vida con un gran amor, aunque hablaba siempre muy mal de ella.

Yo le decía muchas veces: —La vida es querida de usted, Manolito, una querida caprichosa que le quiere mucho y le hace rabiar acaso por celos... Usted dice que no la quiere, despechado, pero la quiere, la quiere por esa cosa fatal que nos hace querer más a las mujeres que nos maltratan.

Y él, entonces —caso extraordinario— rompía bruscamente el silencio y hablaba y decía aquellas cosas maravillosas que muy pocos le oímos decir.

—La quiero, sí es verdad, con toda mi alma.

Y el cuerpo raquíutico se erguía, los ojos daban unas llamas rojas intensas y el alma toda le brotaba de los labios en un triunfo de juventud y de amor... Luego se iba apagando poco a poco y tornaba a su silencio después de decirme:

—Hay que vivir por encima de todo, aunque sea por encima de la vida misma...

Lentamente, la noche triste tres amigos avanzábamos por las calles húmedas y oscuras... Yo le decía muy quedo:

–¡Viva la vida, Manolito!

Sonreía a mi entusiasmo.

–¡Cuidado que es hermoso eso! Es lo más grande que ha hecho esta gente...

Seguía sonriendo, y luego en una frase rota, apenas perceptible:

–¡Ya lo creo! ¡Y esta gente está metida aquí...!

Ahogaba una protesta... Después sacaba unos papeles del bolsillo y los rompía en pedacitos. No hablaba más; avanzaba lento junto a nosotros y se perdía en el ensueño de su alma como una estrella que cae en el Infinito...

¿Cómo era? ¿Qué era? No lo supieron tampoco. Era bueno, a pesar de ser profundamente irónico... Su vivir fue una continua ironía. Su muerte otra ironía también. Junto al Cementerio, en la sombra de la noche, en medio del reflejo inquieto de los faroles que le alumbraron el camino, yo sentí estremecerse su alma en mi alma y le vi sonreír lejanamente una sonrisa de resignación y hastío.

¡Pobre amigo! Te cantaron unos cantos extraños y secos que no soñaste nunca y que eran como la última burla de tu querida Vida, que se reía hipócritamente de ti, desde la puerta de tu casa...

Tú, como siempre, encogerías los hombros al desnudo<sup>26</sup>; murmurarías la eterna frase: ¡Pobre gente!...

Volverá el poeta amigo y no te encontrará... La noche ya no tendrá su inseparable compañero... Nosotros seguiremos preguntando siempre: ¿Dónde estará Manolito? ¿Dónde se habrá metido este hombre?

El alma se pierde... El corazón tiembla por el recuerdo... El recuerdo vuelve: La noche ríe silenciosa, el estudio tenía poca luz; los libros reposaban tranquilos... Esperábamos a los demás compañeros... Yo leía o escuchaba sonriendo... Y en el silencio del cuarto sonó como un temblor de ramas que traía el viento:

*Al borde de un sendero<sup>27</sup> un día nos sentamos.  
Ya nuestra vida es tiempo, y nuestra sola cuita  
son las desesperantes posturas que tomamos  
para aguardar... Mas ella no faltará a la cita<sup>28</sup>.*

Rafael Romero

3. Primera versión del poema<sup>29</sup>**DON MANUEL MACÍAS<sup>30</sup>**

*(Pasaje lírico de ensueño en memoria de un pequeño filósofo que vivió su vida sentado al borde de un sendero).*

**Dedicatoria**

A la mujer desconocida que pudo regular su locura.

**PERSONAJES**

Don Manuel Macías, muerto hace un año. Don Alonso Quesada. *(En el estudio de don Alonso al anochecer; al año justo de la muerte de don Manuel. Una lámpara agoniza. Don Alonso tiene la testa reclinada sobre una mesa. Don Manuel entra en silencio<sup>31</sup> por el fondo. No dice nada. Va hacia un sillón que está en un extremo y allí se detiene. Por la ventana abierta llega el rumor del mar.)*

**DON ALONSO**

¿Al<sup>32</sup> fin habéis venido? ¿Dónde ha estado  
la vuestra humanidad, toda esta vida?<sup>33</sup>  
Ese viejo sillón os ha esperado  
meditando en silencio vuestra huida.

**DON MANUEL**

¡Oh, mi viejo sillón, yo te saludo!  
Que en tu seno mi pena se dormía;<sup>34</sup>  
y eras, en el silencio, el<sup>35</sup> libro mudo  
que llevaba mi extraña teoría.  
La<sup>36</sup> amarga seriedad de mi mirada  
melificaste tú, con tu medida,  
cuando,<sup>37</sup> por bien de Dios, me fue curada  
aquella enfermedad de la cordura.

¡Oh, mi viejo sillón! ¿Por qué esa pena,  
ese<sup>38</sup> dolor de estar siempre vacío,  
sí, en la quietud de tu alma,<sup>39</sup> aún resuena<sup>40</sup>  
el silencio que fue silencio mío...?⁴¹

*(Don Manuel hace una pausa, se recuesta en el sillón serenamente. Don Alonso sigue con la testa sobre la mesa.)*

¿Qué soñáis, don Alonso? Esa postura  
parece que es de holgar,<sup>42</sup> y no es prudente  
que un hidalgo,<sup>43</sup> que tiene la locura  
por el más alto timbre de su mente,  
esté con la cabeza, así en reposo,<sup>44</sup>  
suelta la idea en el tranquilo huerto...⁴⁵

#### DON ALONSO

Dejadme<sup>46</sup> en el ensueño misterioso  
donde está la razón que os hizo muerto<sup>47</sup>.

*(Hay un largo silencio. Don Manuel sonríe hacia el interior de su espíritu. De la calle viene el rumor de una brisa ligera. Don Manuel revive el recuerdo de ballarse sin vida, en un ataúd.)*

#### [DON MANUEL]⁴⁸

Yo tenía en la faz una sesuda  
afirmación de credo panteísta<sup>49</sup>.  
Desapareció de mi mirar la Duda,<sup>50</sup>  
tornose toda<sup>51</sup> claridad mi vista:<sup>52</sup>  
Era el alma una piedra que caía  
al fondo del Misterio, en la laguna;  
la creencia de las aguas se extendía,  
como una religión, bajo la luna<sup>53</sup>.  
Mas, al<sup>54</sup> fracaso de la piedra, el<sup>55</sup> terso  
luminar de las aguas ondulaba...

Pero vino la brisa y<sup>56</sup> el disperso  
 murmullo de protestas acallaba...<sup>57</sup>  
 Tornó<sup>58</sup> la mansedumbre a la laguna;  
 y por guardar en ella mi tesoro,  
 el hilo luminoso de la luna  
 tejió en las ondas un cendal de oro.

*(Don Manuel hace una pausa. Don Alonso alza la cabeza que tenía reclinada sobre la mesa. Lentamente, como marcando el recuerdo que llega, dice:)*

#### DON ALONSO

¡Oh, lejana visión de aquella muerte<sup>59</sup>  
 sencilla<sup>60</sup> y complicada por tu modo!  
 ¡Oh, roto corazón, que era más fuerte  
 que el corazón del Universo todo!...  
 ¿Descreído señor, qué<sup>61</sup> fue tu vida  
 sino un dolor de ensueño y de locura,  
 al través de la extraña e incomprendida  
 escuela original de tu escultura?<sup>62</sup>  
 ¡Oh, el recuerdo lejano que ha tornado!

*(Muy lentamente, muy silenciosamente, Don Alonso le ve muerto. Don Manuel le escucha con las manos sobre la falda.)*

Un<sup>63</sup> silencioso estilo en tu severa  
 figura de filósofo callado  
 que en el dulce<sup>64</sup> mirar burlas tuviera...<sup>65</sup>

*(Don Alonso torna a reclinarse la cabeza. Don Manuel parece meditar en alguna cosa lejana. La hora no existe. El rumor del silencio se extiende lentamente por el estudio. Ya no hay luz. La luminosidad de las figuras da<sup>66</sup> al estudio un aspecto interior.)*

## DON MANUEL

¿Por qué hacéis un lamento de mi huida,  
 ¡oh,<sup>67</sup> noble rimador!,<sup>68</sup> si nada es cierto,<sup>69</sup>  
 y en la Universidad de nuestra vida<sup>70</sup>  
 el criterio mejor<sup>71</sup> es estar muerto?  
 Contemplad esa sombra<sup>72</sup>... El corazón  
 se aquieta en la virtud de lo callado<sup>73</sup>.  
 Escuchad el silencio, y la razón  
 por que<sup>74</sup> hube de morir habéis hallado:  
 Todo<sup>75</sup> silencio el alma se extendía<sup>76</sup>  
 bajo la claridad de mi locura...  
 El alba en la llanura florecía<sup>77</sup>  
 y era en mi alma igual que en la llanura<sup>78</sup>.  
 ¡Oh,<sup>79</sup> el silencio más fuerte! ¡Oh,<sup>80</sup> la esforzada<sup>81</sup>  
 expectación del corazón del llano!  
 ¡Con la<sup>82</sup> honda fortaleza en la mirada  
 y la renunciación de lo cercano!<sup>83</sup>

*(Hay otra pausa. Don Alonso continúa con la testa sobre la mesa. Don Manuel prosigue lentamente.)*

¡No alcanzáis la razón de mi partida<sup>84</sup>  
 y os doléis del Destino y de mi suerte...!<sup>85</sup>  
 ¿No sabéis que el silencio de mi vida  
 se hizo merecedor al de la Muerte<sup>86</sup>?

*(Don Manuel abandona el sillón; Don Alonso, la mesa. El diálogo empieza ahora más sereno).<sup>87</sup>*

¿Y el vuestro<sup>88</sup> corazón<sup>89</sup> tan dolorido  
 por batallas de amor y de hidalguía?...  
 ¿Qué se hizo de aquel gesto que ha tenido  
 el comento de mi filosofía...<sup>90</sup>?

## DON ALONSO

Aún<sup>91</sup> tengo torceduras en el seso,<sup>92</sup>  
mas<sup>93</sup> cuando halleme cerca de razón,  
tendiome redes<sup>94</sup> don Amor, y preso  
volví a dejar de nuevo el corazón<sup>95</sup>...  
¡Oh<sup>96</sup>, el azul del amor! En mi camino  
ya encontré la ilusión que prefería,<sup>97</sup>  
que Ella<sup>98</sup> es ensoñadora y es divino  
y celeste el ensueño que la guía...<sup>99</sup>  
Y en el nombre de Dios, por mi fortuna,<sup>100</sup>  
voy tejiendo el amor serenamente,  
bajo la mansedumbre<sup>101</sup> de la luna  
y al discurrir discreto de la fuente.

DON MANUEL<sup>102</sup>

*(Fijando su mirada bonda en la serenidad de los ojos de Don Alonso. Un poco doloroso, un poco humorista.)*

Al través del Ensueño<sup>103</sup> está la hoguera  
que la mano de Aldonza os ha encendido;<sup>104</sup>  
el loco hidalgo os guarde esa manera  
que hace del corazón el preferido.  
Amar<sup>105</sup> y siempre amar; es el derecho  
de vuestra condición. ¡Divino ensueño  
que forja el corazón de vuestro pecho  
y os hace cabalgar en Clavileño!<sup>106</sup>  
¡Oh, mi loco señor! Ya no acompaño  
la locura discreta de tu ciencia...  
¡Ya no puedes mostrar el hombre extraño  
de tan raro saber y suficiencia...!  
(La soberbia en mi modo enaltecida<sup>107</sup>  
les dio para<sup>108</sup> sus bocas el motivo;  
y el hidalgo desdén de mi partida  
tornó en amor al muerto,<sup>109</sup> el odio al vivo.)<sup>110</sup>

*(Luego, gallardamente, con un alto desprecio en su mirada.)*

No merece el Dolor toda<sup>111</sup> esa gente  
*municipal y espesa.*<sup>112</sup> La locura  
 es alta condición de nuestra mente  
 y en nuestra mente sólo<sup>113</sup> está segura...<sup>114</sup>

*(Una pausa corta. Don Manuel tiene en la voz un temblor ligero.)*

¡El amor de tu ensueño! ¡Él, que tenía  
 para todo interior ritmo sonoro!<sup>115</sup>  
 Si alguno te acabara el Sueño un día,<sup>116</sup>  
 ¡atraviésale el alma<sup>117</sup> con tu espadín de oro!

*(El diálogo prosigue hasta el amanecer. Los dos hombres interrumpen la plática al sonar el alba.)*

ALONSO QUESADA  
 Las Palmas

#### 4. Versión de *El lino de los sueños*<sup>118</sup>

### COLOQUIO EN LAS SOMBRAS

#### ANTES DE EMPEZAR EL COLOQUIO

Ahora, después de cuatro años, al releer este coloquio, el recuerdo de aquel muchacho altivo, silencioso, sombrío, vuelve a batir dentro de mi corazón un ala siniestra. Con los aires de ahora viene la humedad de su tumba.

Él partió de una de estas desoladas noches provincianas, por un golpe inesperado y sonoro. Don Miguel de Unamuno acaso guarde todavía el eco de su alma.

Todo esto fue soñado en un sueño impreciso, horrible... No puedo ajustar el momento. Sólo alcanzo a pensar que vino a visitarme el muer-

to y que juntos vagamos por unas galerías nebulosas. Es un coloquio truncado, inaudito. Quizás no sea sino “¡palabras... palabras... y palabras!...” Pero lo he dejado entre todo porque sé que en un recuerdo doloroso. El<sup>119</sup> corazón y el pensamiento pueden permitirse un desvarío.

Si no halláis la misteriosa emoción de lo indeciso en él y la angustia de querer saber mucho, al empezar la vida, perdonadme.

### COLOQUIO EN LAS SOMBRAS

*In memoriam. Manuel Macías Casanova.*

#### EL POETA

¿Al fin habéis venido? ¡Dónde ha estado  
la vuestra humanidad toda esta vida!  
Ese viejo sillón os ha esperado  
meditando en silencio vuestra huida.

#### EL MUERTO

Hacia el viejo sillón va mi saludo,  
que en su seno mi sombra se perdía;  
y era en todo minuto el libro mudo  
que llevaba mi extraña teoría.  
La amarga seriedad de mi mirada  
melificaste tú, con tu medida,  
cuando, por bien de Dios, me fue curada  
aquella enfermedad de la cordura.

¡Oh mi viejo sillón! ¿Por qué esa pena  
o ese dolor de estar siempre vacío,  
si aún en el fondo de tu alma suena  
el silencio que fue silencio mío?...

Hay una pausa misteriosa.  
El muerto pone en el sillón  
la sombra leve de su espíritu  
que transparenta el corazón.

¿Qué soñáis, don Alonso? Esa postura  
parece que es de holgar, y no es prudente  
que un hidalgo que tiene la locura  
por el más alto timbre de su mente,  
esté con la cabeza, así, en reposo  
suelta la idea en el tranquilo huerto.

#### EL POETA

¡Déjame en el ensueño misterioso  
donde está la razón que os hizo muerto!

*Abora el silencio es más lejano  
Y es sacratísima la voz  
del muerto ilustre que revive  
todo el instante que pasó.  
Tórnase a ver entre los cirios  
como en la vida se quedó,  
y su palabra más serena  
va murmurando esta oración.*

#### EL MUERTO

Yo tenía en la faz una serena  
afirmación de credo panteísta.  
Desapareció de mi mirar la pena;  
tornose todo claridad mi vista.  
Era el alma una piedra que caía  
al fondo del Misterio, en la laguna;  
la creencia de las aguas se extendía,  
como una religión, bajo la luna.

Cayó la piedra al fondo, mas el terso  
luminar de las aguas ondulaba...  
Después vino la brisa, y el disperso  
murmullo de protestas acallaba.  
Volvió la mansedumbre a la laguna;  
y por guardar en ella mi tesoro,  
el hilo luminoso de la luna  
tejió en las ondas un cendal de oro.

*Todo el instante de la muerte  
va renovando el rimador...  
La voz que brota de sus labios  
tiene una amarga acordación.*

#### EL POETA

¡Oh lejana visión de aquella muerte  
sencilla, y complicada por su modo!...  
¡Oh roto corazón, que era más fuerte  
que el corazón del Universo todo!...

Soberano señor, ¿qué fue tu vida,  
sino un dolor de ensueño y de locura,  
al través de la extraña e incomprendida  
escuela original de tu escultura?

¡Oh el recuerdo lejano que ha tornado!  
Un silencioso estilo en tu severa  
figura de filósofo callado,  
que en el muerto mirar burlas tuviera.

*El muerto calla y en sus ojos  
hay un violento resplandor.  
La hora no existe, y van las almas  
hacia una audaz meditación.*

## EL MUERTO

¿Por qué hacéis un lamento de mi huida  
¡oh, noble rimador! si nada es cierto  
y en la Universidad de nuestra vida,  
el criterio mejor es estar muerto?...  
¡Contemplad esa sombra!... El corazón  
puede mirar la sombra en lo Ignorado.  
Escuchad el silencio, y la razón  
porque hube de morir habréis hallado:  
toda silencio el alma se extendía,  
bajo la claridad de mi cordura...  
¡El alba en la llanura florecía,  
y era en mi alma igual que en la llanura!

¡Oh el silencio más fuerte! ¡Oh la adorada  
admiración del corazón del llano!  
¡Oh la honda fortaleza en la mirada  
y la renunciación de lo cercano!...  
¿No alcanzáis la razón de mi partida  
y os doléis del destino y de mi suerte?  
¿No sabéis que el silencio de mi vida  
se hizo merecedor al de la muerte?

*Es más jovial la frase ahora,  
que envuelve un íntimo dulzor.  
El muerto siente una piadosa  
y amable reconciliación.*

¿Y vuestro corazón, tan dolorido  
por batallas de amor y de hidalguía?...  
¿Qué se hizo de aquel gesto que ha tenido  
el comento de mi filosofía?

## EL POETA

¡Aún tengo torceduras en el seso;  
mas cuando halleme cerca de razón,  
tendiome redes don Amor, y preso  
volvía a dejar de nuevo el corazón!...  
¡Ah, el azul del amor! En mi camino  
ya encontré la ilusión que prefería,  
que ella es ensoñadora y es divino  
y celeste el ensueño que la guía...  
Y en el nombre de Dios –sana<sup>120</sup> fortuna–  
voy tejiendo el amor serenamente,  
bajo la dulcedumbre de la luna  
y al discurrir discreto de la fuente.

*Tiene en la hondura de los ojos  
un serenísimo dolor,  
y en las palabras de su boca  
una exquisita entonación.*

## EL MUERTO

Al través del ensueño está la hoguera  
que la mano de Aldonza os ha encendido:  
el loco hidalgo os guarde esa manera  
que hace del corazón el preferido.  
Amar y siempre amar: es el derecho  
de vuestra condición. Divino ensueño  
que forja el corazón de vuestro pecho,  
y os hace cabalgar en Clavileño.  
¡Mi paso por tu tierra<sup>121</sup> ya es lejano!...  
¡No tuve amor de juventud! Y un día  
la turba, al ver que mi dolor fue en vano,  
al cruzar por mi lado sonreía...  
La soberbia, en mi modo enaltecida,  
dio entonces a sus bocas el motivo;

¡y el hidalgo desdén de mi partida  
tornó en amor al muerto el odio al vivo!...

¡No era mi corazón para esa gente  
*municipal y espesa!* La locura  
es alta condición de nuestra mente  
¡que en nuestra mente vuélvese cordura!...

¡El amor de tu ensueño! Él, que tenía  
para todo interior ritmo sonoro...  
Si alguno te truncara el sueño un día,  
¡atraviésale el alma con tu espadín de oro!

*Hay otra pausa misteriosa  
en la que oficia el corazón...*

*Por las paredes, el silencio  
va diluyendo su rumor.*

##### 5. Oración de media noche<sup>122</sup>

La barca, lenta,<sup>123</sup>  
que siempre está en la mar<sup>124</sup> viene a la orilla,<sup>125</sup>  
y hay<sup>126</sup> un farol iluminado en ella  
y un viejo manto para la partida...  
Toda la turba sideral parece  
que se confunde atónita y que espía  
las huellas de mis pasos en la playa...  
Mi sombra va delante<sup>127</sup> como guía...<sup>128</sup>  
Llega hasta el alma el resonar de estrellas  
y no se cree en nada de la vida:  
la<sup>129</sup> hora mejor para una muerte seria,  
sin ataúd, ni cantos, ni elegías...<sup>130</sup>  
Voy en silencio por la playa muda.<sup>131</sup>  
La noche es otoñal... Nadie camina...<sup>132</sup>  
Al fondo de la aldea<sup>133</sup> el camposanto<sup>134</sup>

es una sombra luminosa... Brilla  
como la mancha que los ojos tienen  
cuando han mirado al sol<sup>135</sup> y ya no miran<sup>136</sup>...

¿No has meditado nunca en esa losa  
que ha de tener una memoria<sup>137</sup> escrita,  
y en esa tenebrosa luz de lámpara  
que enciende la piedad de la familia;<sup>138</sup>  
o en la corona que un amigo ponga  
con un recuerdo, en una negra cinta,  
y en ese Padre Nuestro<sup>139</sup> extraordinario  
que siempre cantan en la despedida?<sup>140</sup>  
¡Y<sup>141</sup> luego, el día de los muertos, esas  
sentimentales gentes que visitan  
los camposantos, y reviven todas<sup>142</sup>  
nuestros inciertos pasos por la vida!<sup>143</sup>  
¿No sientes el dolor de esta grotesca  
danza de reglamentos, que eterniza  
nuestra memoria<sup>144</sup> y graba fuertemente  
la huella que te importa dejar limpia?...<sup>145</sup>

Y es el silencio más intenso y tiene  
una callada voz en lejanía:<sup>146</sup>

–Aleja<sup>147</sup> de tu espíritu ese albergue  
que será para todos algún día,<sup>148</sup>  
y evádate, en la noche, entre las sombras,  
y sé una parte de la noche misma<sup>149</sup>.

Alonso Quesada.  
(De *El lino de los sueños*.)

## 6. Manuel Macías. † 11 Septiembre 1910<sup>150</sup>

Hoy se cumplen seis años de aquella trágica muerte. Ha transcurrido tanto tiempo y sin embargo cada día nos parece que el suceso ocurrió la noche antes.

Para los que hoy trabajamos en *Ecos*, el recuerdo de aquel admirable muchacho es eterno. En otros días más juveniles y más gloriosos compartió con nosotros las labores de *España*, periódico que murió al siguiente día de la muerte de Macías. Sin duda recordaréis que el último número fue en recuerdo de su muerte<sup>151</sup>. Todo esto ha pasado ya como nuestra fresca alegría.

Anoche, ante su nicho que cubrimos de rosas rojas, comentábamos los amigos el silencio de Macías. Si alguna vez oísteis “sonar” el silencio de la noche, podríais comprender cómo aquella tumba es la más silenciosa del Cementerio.

¡Qué lejanamente estará hoy en su camino!— Un camino claro, sin odios y sin rencores... Sus manos quizás ya habrán perdonado y sus labios al fin habrán sonreído menos amargos...

No podemos olvidarle, porque era el de más fortaleza, ante los afilados dientes del Canibal y el de más egregio desdén. Y el más puro y el más bueno, sin embargo.

Pasó entre mercaderes y leguleyos que no le entendieron. Pero él supo burlarse un día de todos, asustándolos, con el vulgar accidente de su tránsito.

## 7. Palabras de Macías Casanova sobre la obra de Alonso Quesada

### **La del alba sería<sup>152</sup>**

A continuación publicamos un fragmento de la dedicatoria de un libro de versos que nuestro joven y queridísimo compañero Rafael Romero (Alonso Quesada), tiene en preparación. *La del alba sería* es el título de esta obra cuya sola concepción, por sí sola constituye un pródigo rasgo de talento, arte y delicadeza. No es lo mejor del libro, a pesar de ser muy bella, la pequeña primicia que ofrecemos a nuestros lectores, ni tiene tam-

poco más relación con el resto que el de figurar al frente de sus páginas. Los que conocemos íntimamente a este incorregible y sano rebelde y sabemos todo lo que tiene de artista, de pasional y de inteligente podemos esperar de él bien sazonados y sabrosos frutos, mucho más sabiendo lo que nos ha contado, en momentos de inolvidable entusiasmo artístico rebosantes de cuantas y bien fundadas esperanzas juveniles.<sup>153</sup>

8. Fragmentos del Prólogo de Unamuno a *El lino de los sueños* en que se refiere a Macías Casanova

No olvidaré tan aína mi viaje a las Islas Afortunadas, ni aquella estancia en Gran Canaria, ni mi correría, caballero, por sus barrancas centrales en compañía del taciturno Manuel Macías Casanova...

[...]

Allí, en la Gran Canaria, en aquella isla, conocí toda la fuerza de la voz a-isla-miento, y no fue Alonso Quesada quien menos me ayudó a que llegase a conocerla. Había que observar el encendido avispero de anhelos y de ensueños que agitaban y zumbaban en el pecho de aquellos jóvenes. ¡Romero, Néstor el pintor, el pobre Manolo Macías Casanova...!

Al recordar a éste, al del hermoso “Coloquio en las sombras” de este libro, el cielo del alma se me ensombrece. Aquel muchacho taciturno, tenazmente taciturno, hermético, cerrado en sí, que parecía callar tanto para oír mejor alguna voz íntima de dentro de sí y que cuando oía a otro parecía oírle con los ojos, con una mirada taladrante, aquel hijo tormentoso de la Gomera, me cobró un afecto, diré más bien un apego, que teniendo algo de ultra-humano tenía también algo de canino. Aún no me lo explico y aún me pregunto qué hice como para merecer aquella adhesión ardorosa y taciturna. Y aun cuando no tuviera en la vida otro cariño que aquel creería que Dios no me ha olvidado. No sé, digo, explicarme bien aquello.

Y ¡qué nido de tempestades morales era el corazón del pobre Casanova! ¡Qué relámpagos interrumpían de pronto sus silencios! Mas por lo común oía, oía, oía. Llegué a temblar de hablar ante él, porque me bebía las palabras no sólo con los oídos, sino con los ojos. Nunca he comprendido mejor la santidad de la palabra y todo lo que la profanamos los ruti-

neros sacerdotes de ella. Aquel hijo del silencio no me dejaba ni a sol ni a sombra. Empecé una excursión de unos días por el interior de la isla, por una de las abruptas calderas del gran rocal que ella debió ser, por barrancas y quebradas, y él, Casanova, mozo enclenque, quiso acompañarme y me acompañó. Debí de rendirle la cabalgata, pero cuando le preguntaba si se sentía fatigado sonreíase negándolo. Y allí, en aquellas áridas soledades, en las hondas barrancas negras, me hablaba de su isla, de su Gomera, a la que quería llevarme. Era el mozo trágico del islote soñando en el reino del infinito.

Nunca olvidaré la despedida. Parecía salirse el alma por los ojos. Me hablaba de libertad, de desaislarse. Porque el taciturno, aunque poco, hablaba. Y me prometió venir acá, a estudiar a Salamanca, a estar junto a mí y a apacentar sus ojos de presa en este páramo en que ni se presiente el mar, él, el isloteño. Me le traje en el alma. Era para mí un misterio y una tremenda responsabilidad aquella alma joven y palpitante que quería confiarse a mí, entregarse a mis manos rudas y tal vez algo desdeñosas. Soñé en él. Y me escribió cartas llenas de fuego escondido, de desdenes tremendos hacia la vulgaridad ambiente, de locas ansias de libertad, cartas en que decía todo lo que su silencio callaba. El estilo roto, tumultuoso, a las veces violento, luego conceptuoso.

Y he aquí que un día recibo una sacudida cruel, reflejo de la que él recibió. Manuel Macías Casanova murió de repente y violentamente, cuando menos se esperaba, y de un modo trágico. Tenía por costumbre ir tocando a las cosas, dando golpecitos con la mano a los árboles, a los muros, como quien aislado entre los hombres buscaba el contacto de las cosas, de la madre Tierra. Al tocar a un poste sustentador de alambres eléctricos, la corriente le envolvió, abrazose al poste y allí murió sin poder decir nada, ni una palabra de despedida a sus amigos, él, el silencioso. Y cuando recibí la noticia fue como si otra corriente me envolviese y me abracé, mentalmente, a su recuerdo y me quedó grabada en el alma, a fuego, aquella su mirada silenciosa y escrutadora que bebía mis palabras. No era yo, a lo que parece, digno de que viviera y se gozase y llegase a plenitud y diera su obra quien tan por entero se me había entregado. ¿Qué misterio habrá en esto?

Y si aquella muerte me dejó tal traza, pensad la que dejaría en su amigo fraternal, en Rafael Romero. Yo, que he leído el “Coloquio en las sombras”, con la emoción de tales recuerdos, no sé lo que deciros de ese poema; pero a mí me pone delante al misterioso y tormentoso taciturno, hambriento de saber sustancial, que me pedía lo que yo no sé si puedo dar.

¡Oh roto corazón, que era más fuerte  
Que el corazón del Universo todo!...

Sí; todo corazón de hombre de verdad, lo es:

Era el alma una piedra que caía  
al fondo del misterio, en la laguna...

¡Cuánto le hablé de eso de la sima del misterio a que caemos sin cesar...!

¿No sabéis que el silencio de mi vida  
me hizo merecedor al de la muerte?

Y, sobre todo,

¡No tuve amor de juventud!

¡Lo que dice esto!

Leed las últimas palabras que el poeta, su hermano, pone en boca del muerto.

Mas dejemos ya en paz el silencio de Casanova.

Alonso Quesada ha tenido la fineza de dedicarme sus “Poemas Áridos” ¿Qué me diré de ellos? Que al leerlos recuerdo aquel apego de Casanova. Áridos, sí, como las cumbres de Gran Canaria, como aquellas negras tierras calcinadas. ¡Tierras de fuego!

## NOTAS

- 1 En el “Número extraordinario dedicado a la memoria de Manuel Macías Casanova”. Aparecen tres trabajos del fallecido, y escritos de Rafael Romero, Juan Téllez López, Ovlac, Jordé, L. Hidalgo Navarro, Luis Millares, Arturo Sarmiento, F. Inglott, Fr. Lesco, La Redacción. Se adhiere José Castro y se anuncia un próximo artículo de Francisco González Díaz. Todos insisten en el silencio del amigo desaparecido; hay quien le llama filósofo; L. Hidalgo Navarro comenta su costumbre de tumbarse en el sofá de la redacción, “de espaldas y con los ojos abiertos, mirando al Infinito”; dice que siente sus pasos y que espera verlo aparecer. Como se ve, todos estos elementos se recogerán en el poema de Alonso Quesada.
- 2 Nótense las diferencias entre algunas de las lecturas que presento de las cartas de Unamuno y Rafael Romero y las que se suelen citar por ahí, que adolecen de precipitación, por no pensar otra cosa. Corrijo algunos elementos de la puntuación y de la sintaxis no conformes con las normas actuales.
- 3 Estos versos no se encuentran, como otros varios, en el archivo de Unamuno.
- 4 Verso 21 de “Don Manuel Macías”; verso 24 de “Coloquio en las sombras”.
- 5 Verso 42 de “Don Manuel Macías”; verso 57 de “Coloquio en las sombras”. Unamuno no pone la coma después de “Oh”, y emplea el verbo en segunda persona: “eras”. ¿Iría así en la carta de Romero? La palabra “universo” aparece sin la inicial mayúscula.
- 6 Verso 60 de “Don Manuel Macías”; verso 79 de “Coloquio en las sombras”. Unamuno presenta “Toda”, como el *Diario de Las Palmas*, pero coloca luego “en”, que no se encuentra en ninguna de las dos publicaciones de “Don Manuel Macías”. ¿Lo enviaría así Rafael Romero en su carta?
- 7 Versos 7-8 del “Soneto” de Rubén Darío “Para el Sr. D. Ramón del Valle-Inclán”: “Tengo la sensación de que siento y que vivo / a su lado una vida más intensa y más dura.”
- 8 En la revista *El Apóstol* (n.º 64, 20-VI-1912, pp. 5-6: “*Especies*”) y en *Diario de Las Palmas* (27-VI-1912: “*Especies*. Por F. González Díaz”), aparece la siguiente noticia: “Prometemos reproducir un estudio sobre la personalidad de González Díaz, que en la revista de Madrid *Prometeo*, publicará nuestro compañero *Alonso Quesada*, en ocasión de esta obra. Estudio que tendrá que ir en dos números por la extensión que tiene.” El trabajo de Alonso Quesada debe ser el que cito. El texto pertenecería a los escritos del escritor canario que quedaron pendientes de publicar, al desaparecer la revista *Prometeo* en 1912. Ramón Gómez de la Serna, al anunciarle a Alonso Quesada, en carta sin fechar, el hecho del cese de las actividades de *Prometeo*, le dice: “Mi querido amigo: usted me comprenderá. En estos días ha llegado al agotamiento de *Prometeo*, la irradiación final, la imposibilidad. *Prometeo* desaparece y esto me ha dado tal abulia trascendental que no he escrito cartas hace una temporada [...] Siento más que usted este fallecimiento porque quedan sin publicar unos versos de usted tan sonoros y tan afec-

tuosos... Pero me los reservo para darlos después aquí en cualquier lado digno.” En otra carta, también sin fecha, pero datable a finales de 1911 o a comienzos de 1912, Ramón le dice lo siguiente: “*Aquellos* versos están próximos a publicarse. Me gustaron más que las prosas, demasiado metafísicas y llenas de versos admirables pero rotos para hacer *una cosa* dramática y carnal, más carnal. / Sin embargo usted debe tener la prosa triunfal y yo espero que me envíe algunas cosas cortas que no se perderían en mi poder.” Posiblemente se refiera a la reseña sobre *Especies* que estamos comentando, cuando habla de “prosas, demasiado metafísicas...”

- 9 Recuerdo que las primicias de su libro ya pensado para la edición fueron leídas por Alonso Quesada el 18 de septiembre de 1913, ante un grupo de amigos, en el local de Los Doce, entusiasta agrupación de teatro. Lo contaba al día siguiente Melitón Gutiérrez Castro en *El Tribuno*, en el artículo “Un alto en el camino. La verdadera vida”.
- 10 Se puede leer en Alonso Quesada. *Obra completa*, t. 6, *Prosa*, “Textos dispersos”, pp. 311-313. Se refiera a la conferencia pronunciada por Francisco González Díaz el lunes, 15 de enero de 1912, en el salón de actos de la Sociedad Los Doce, en la que habló sobre el pesimismo filosófico y literario.
- 11 Órgano del Partido Republicano Federal de Las Palmas, que comandaba José Franchy y Roca.
- 12 Se puede leer en *Obra completa*, t. 6, *Prosa*, “Textos dispersos”: “Mi vida a saltos locos”, pp. 319-323; y en Andrés Sánchez Robayna, en *El primer Alonso Quesada. La poesía de El Lino de los Sueños* (Las Palmas, Excma. Mancomunidad de Cabildos de Las Palmas. Plan Cultural, 1977, pp. 52-56).
- 13 El texto se encuentra en *Obras completas* de Unamuno. Tomo X. *Autobiografía y recuerdos personales*. Madrid, Afrodisio Aguado, S. A., 1958: “Un recuerdo puro”, pp. 209-213.
- 14 Puede leerse en *Obras completas* de Unamuno. T. X. *Autobiografía y recuerdos personales*. Madrid, Afrodisio Aguado, S. A., 1958: “Por Manuel Macías Casanova”, pp. 214-217, con mínimas diferencias.
- 15 Véase mi edición del “Prólogo”, contrastando el manuscrito original con la versión del libro, y la añadidura de alguna frase, en “Prólogo de Miguel de Unamuno a *El lino de los sueños* de Alonso Quesada. El paso del manuscrito a la edición”, en *Philologica Canariensis*. Revista de Filología de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, n.º 12-13, 2006-2007, pp. 169-192.
- 16 Tengo recogidos buen número de textos de Macías de publicaciones de la época, que descubren sus lecturas e inquietudes.
- 17 Debo la copia a la generosidad de la Casa Museo Unamuno de Salamanca y a Antonio Bruno Pérez Alemán, junto a sus avisadas lecturas.
- 18 Otro fragmento de la carta nos pone en conocimiento de que el apelativo “perro fiel”, que poco atentos investigadores atribuyen como palabras de Unamuno sobre Macías Casanova, es para Juan Rodríguez Yáñez: “He visto a Yáñez. Le hablé, aun antes de recibir su carta, de la impresión que a usted le produjo, suprimiendo lo de perro fiel, por si no lo entendía. Sigue en su admiración serena y grave hacia usted. Me dijo con

- una sencillez encantadora, que su mayor placer sería oírle a usted por año explicar la clase de griego. Lo curioso es que mi hermano dice lo mismo aunque sintiendo la curiosidad natural de un hombre hacia otro que domina un asunto. En Yáñez no hay proceso reflexivo: le oíría a usted explicar griego o le vería hacer pajaritas con la misma atención sencilla y sostenida. Es el perro fiel. ¿No tuvo San Ignacio algún perro o escudero que le siguiese? Sería conveniente averiguarlo.”
- 19 En *Círculo Mercantil de Las Palmas. Apuntes biográficos (Ciclo de conferencias 1948-49)*. Las Palmas de Gran Canaria, Imprenta Minerva, 1951, pp. 85-104: “Tomás Morales (Recuerdo emocionado)”. También se publicó en la revista *El Museo Canario*, Año IX, núms. 29-30, enero-junio 1949, pp. 1-25: “Nuestro Tomás Morales” [EMC].
- 20 En EMC: “Hermigua”.
- 21 *España*, 13-IX-1910, martes, p. 1.
- 22 *España*, 20-IX-1910: “Número extraordinario dedicado a la memoria de Manuel Macías Casanova”.
- 23 ¿Se referirá al Extraño de *La dama del mar*, de Ibsen?
- 24 Véase el poema LXXVII de *Soledades* (Antonio Machado), “En una tarde cenicienta y mustia”: “[...] como perro olvidado que no tiene / huella ni olfato y yerra / por los caminos, sin camino, como / el niño que en la noche de una fiesta // se pierde entre el gentío / y el aire polvoriento y las candelas / chispeantes, atónito, y asombra su corazón de música y de pena, // así voy yo, borracho melancólico, / guitarrista lunático, poeta, / y pobre hombre en sueños, / siempre buscando a Dios entre la niebla.”
- 25 Se trata de la obra de teatro de Luis y Agustín Millares Cubas *¡Viva la vida!*, publicada en *Teatrillo* (Las Palmas, 1903). Es la tercera obra de la colección (*José María, Espantajos, La del alba, Pascua de Resurrección, Pura y sin mancha*). Soledad acaba la obra con estas palabras: “¿No oyes el himno? ¡Es el canto soberbio, magnífico, triunfal, el himno a la fuerza, a la alegría, a la luz! ¡Viva la vida!”, mientras los soldados, al entrar en el pueblo, entonan el himno “¡Viva la vida!”.
- 26 En el periódico: “denueste”.
- 27 En Antonio Machado: “del sendero”.
- 28 Antonio Machado.- *Soledades. Del camino*, poema n.º XXXV.
- 29 Desarrollo la abreviatura “D.” en todo el texto.
- 30 *Diario de Las Palmas*, 11-IX-1911, p. 1 (DLP); y *El Apóstol*, n.º 29, 20-IX-1911, pp. 4-5 (EA): “Don Manuel Macías”, firmado por “Alonso Quesada”. [*El lino de los sueños*: ELS].
- 31 *Diario de Las Palmas*: “silencioso”.
- 32 En EA, sin sangrar el verso.
- 33 En ELS, con signos de exclamación.
- 34 En ELS: “Hacia el viejo sillón va mi saludo, / que en su seno mi sombra se perdía;”
- 35 En ELS: “y era en todo minuto el”.
- 36 En ELS, sin sangrar el verso.
- 37 En DLP y EA, sin la coma. La restituí.

- 38 En ELS: “o ese”.
- 39 En EA, sin la coma.
- 40 En ELS: “si aun en el fondo de tu alma sueña”.
- 41 En ELS: “mío?...”
- 42 En EA, sin coma.
- 43 En DLP, EA, ELS, sin coma. Debe llevarla por comenzar una subordinada explicativa. La restituí.
- 44 En ELS: “así, en reposo”. Creo que debe ponerse coma al final del verso.
- 45 En ELS, acaba en punto.
- 46 En EA y en ELS: “Déjame”. Para seguir con el tono y con la persona gramatical que está usando, debe ponerse: “Dejadme”.
- 47 En ELS, los dos versos están entre signos de exclamación.
- 48 En DLP y en EA, no se encuentra.
- 49 En DLP, sin signo de puntuación; en EA, coma. En ambos casos, la inicial siguiente es mayúscula. Restituí el punto.
- 50 En ELS: “la pena;”.
- 51 En ELS: “todo”.
- 52 En ELS, el verso acaba en coma. El verso siguiente, sin sangrar.
- 53 En ELS, sigue espacio estrófico.
- 54 En DLP: “Más al”; en EA: “Mas al”. Restituí la coma.
- 55 En ELS: “Cayó la piedra al fondo, mas”.
- 56 En ELS: “Después vino la brisa, y”.
- 57 En ELS, el verso acaba en punto.
- 58 En ELS: “Volvió”.
- 59 En EA: “muerto”.
- 60 En ELS, hay coma.
- 61 En ELS: “Soberano señor, ¿qué fue tu vida,”.
- 62 En ELS, sigue un renglón de puntos.
- 63 En DLP y EA, el verso aparece sangrado. Corrijo, quitando el sangrado, pues el insertar entre el primero y segundo verso de la estrofa la acotación no implica de nuevo el sangrado.
- 64 En ELS: “muerto”.
- 65 En ELS, el verso acaba en punto.
- 66 En DLP y EA: “dan”. Corrijo.
- 67 En DLP y en EA: “¡Oh, noble”. Corrijo. En ELS: “¡oh noble”.
- 68 En todas las versiones, sin coma. Debe restituirse.
- 69 En ELS, sin coma.
- 70 En ELS, el verso acaba en coma.
- 71 En DLP y en EA, hay una coma. Corrijo.
- 72 En ELS, entre signos de exclamación.
- 73 En ELS: “puede mirar la sombra en lo Ignorado”.

- 74 En todas las versiones: “porque”. Corrijo.
- 75 En EA: “Todo”; en ELS: “toda”.
- 76 En ELS, el verso acaba en coma.
- 77 En ELS, el verso acaba en coma.
- 78 En ELS, los dos versos se encuentran entre signos de exclamación.
- 79 En ELS, sin la coma; el verso aparece sangrado.
- 80 En ELS, sin la coma.
- 81 En ELS: “adorada”.
- 82 En DLP y en EA, sin la apertura del signo de la exclamación. En ELS: “¡Oh la”.
- 83 En ELS, siguen puntos suspensivos.
- 84 En EA, sigue una coma.
- 85 En ELS, los dos versos se encuentran entre signos de interrogación; el verso no tiene puntos suspensivos, antes del cierre del signo de interrogación.
- 86 En ELS: “muerte”.
- 87 En DLP y en EA, sigue espacio estrófico, “D. MANUEL”, espacio estrófico. Sobra el nombre del personaje, porque ya se ha puesto antes. Lo quito.
- 88 En ELS: “¿Y vuestro”.
- 89 En ELS, sigue una coma.
- 90 En ELS, sin los puntos suspensivos.
- 91 En ELS: “¡Aún”.
- 92 En ELS, el verso acaba en punto y coma.
- 93 En DLP y en EA: “más”. Corrijo.
- 94 En DLP, sigue una coma.
- 95 En ELS: “corazón!...”
- 96 En ELS: “¡Ah”.
- 97 En EA, sin coma.
- 98 En ELS: “ella”.
- 99 En EA: “el ensueño celeste que la guía...”
- 100 En ELS: “Dios–sana–fortuna–”. Debe corregirse: “Dios –sana fortuna–”.
- 101 En ELS: “dulcedumbre”.
- 102 EA: “(D. Manuel, fijando”...
- 103 En ELS: “ensueño”.
- 104 En ELS, el verso acaba en dos puntos”.
- 105 En EA, el verso aparece sangrado.
- 106 En DLP y en EA, no aparece el cierre del signo de exclamación. Lo restituí. En ELS, sin signos de exclamación. En ELS, no se encuentran los cuatro versos que siguen. En su lugar, aparecen éstos: “¡Mi paso por la tierra ya es lejano!... / ¡No tuve amor de juventud! Y un día / la turba, al ver que mi dolor fue en vano, / al cruzar por mi lado sonreía...”
- 107 En ELS, el sintagma “en mi modo enaltecida” se encuentra entre comas.
- 108 En ELS: “dio entonces a”.

- 109 En ELS, sin la coma.
- 110 En ELS, los cuatro últimos versos no se encuentran entre paréntesis; los dos últimos se encuentran entre los signos de la exclamación, seguidos de puntos suspensivos.
- 111 En ELS: “¡No era mi corazón para esa gente”.
- 112 En ELS, se cierra el signo de la exclamación.
- 113 En DLP: “solo”. En ELS: “¡que en nuestra mente vuélvese cordura!...”
- 114 En ELS: “¡que en nuestra mente vuélvese cordura!...”
- 115 En ELS, esta frase no lleva los signos de exclamación, y acaba en puntos suspensivos.
- 116 En DLP y en EA, sin coma. La restituyo. En ELS: “Si alguno te truncara el sueño un día”.
- 117 En DLP, sigue una coma.
- 118 Madrid, Imp. Clásica Española, 1915, pp. 55-64.
- 119 En el libro: “doloroso el”. Corrijo.
- 120 En el libro: guión.
- 121 En el libro: coma.
- 122 *El Tribuno*, 29-VIII-1912, jueves, p. 1. [ET]. Antes de salir el libro, también se publicó en la revista *Canarias* (Buenos Aires, 1-VII-1914, p. 14 [Can]): “Oración de media noche”. Al pie del poema, viene la nota: “(De *El lino de los sueños*, que se publicará próximamente.)” En el libro, el poema viene dedicado “*A Luis García Bilbao.*” *El lino de los sueños* [ELS].
- 123 En ET, sin coma. La restituyo. En el libro: “La barca negra”.
- 124 En ELS, coma.
- 125 En ELS, dos puntos.
- 126 En ELS: “Hay”.
- 127 En Can: “adelante”.
- 128 En ELS, punto.
- 129 En ELS: “La”.
- 130 En ELS, el verso siguiente aparece sangrado.
- 131 En ET y en Can, coma.
- 132 En ELS, punto; sigue espacio estrófico.
- 133 En ELS, coma.
- 134 En ELS: “cementerio”.
- 135 En ELS, coma.
- 136 En ELS, en cursiva: “*y ya no miran*”.
- 137 En Can: “memeria”.
- 138 En ELS, se cierra el signo de interrogación y siguen puntos suspensivos. En ET, punto y coma; en Can, coma. Los dos versos siguientes no se encuentran ni en Can, ni en ELS.
- 139 En ELS: “¿O en aquel padrenuestro”; en la revista: “o en ese padre nuestro extraordinario”.
- 140 En ELS, siguen puntos suspensivos. Luego siguen estos dos versos: “¿O en ese –¿de qué ha muerto?– que florece / en estas tardas bocas de provincia?...”

- 141 En ELS, el verso aparece sin sangrar: “¿Y”.
- 142 En ELS: “renuevan todos”.
- 143 En ELS: “vida?...” Sigue doble espacio estrófico.
- 144 En ELS, coma.
- 145 En ELS, sin puntos suspensivos. En carta de Alonso Quesada a Luis Doreste Silva (23-XI-1914), pretendía cambiar esta estrofa de la siguiente manera: “¿No sientes el dolor ante ese acto / funeral e invariable que eterniza / nuestra memoria...?”
- 146 En ELS: “Y ahora el silencio es más intenso; y habla / una tranquila voz, en lejanía.”; no sigue doble espacio estrófico.
- 147 En ET, coma.
- 148 En ELS: “todos, algún día... / Y”
- 149 En ELS, puntos suspensivos.
- 150 *Ecós*, 11-IX-1916, lunes, p. 2, sin firma.
- 151 En *España* (20-IX-1910): “Número extraordinario dedicado a la memoria de Manuel Macías Casanova”. Rafael Romero firma el escrito “Este hombre”.
- 152 *La Ciudad*, 10-IV-1909, sábado, p. 4, en “Los sábados. Suplemento literario de *La Ciudad*, dirigido por Manuel Macías Casanova”. De los trabajos de este Suplemento, Macías firma dos (“Fue una noche de invierno..”, dedicado a Tomás Morales, y “Poetas del día. Fernando Fortún.”) Hay un artículo de Francisco González Díaz (“Juvenilia”) y dos poemas de Tomás Morales (“De las Rimas sentimentales”). “La del alba sería...” no lleva firma. Se entiende que es del mismo Macías Casanova.
- 153 Sigue el poema “Ofrenda”, dedicado “Para Imperio”. Véase Alonso Quesada.- *Obra completa*, t. 1, *El lino de los sueños*, “Intermedio juvenil (Versos de la primera mocedad)”, “Canción amorosa”, p. 166. Se trata del mismo poema, salvo el v. 2 (“—un clavel de Andalucía,—”) y algunos cambios en la puntuación. Tampoco lleva la dedicatoria que aparece en *La Ciudad*.